

Laura Vicuña

una vida pequeña, un amor inmenso



Un recorrido breve y cercano por la vida de Laura: su infancia marcada por la fragilidad, su paso por el colegio de María Auxiliadora, su amor a la madre y una santidad pequeña, concreta y luminosa.

Infancia y camino

Colegio y amistad

Amor a la madre

Memoria viva

Vivió menos de trece años, entre Chile, Junín de los Andes y Bahía Blanca.

Su historia une pobreza, educación salesiana, amistad y amor a la madre.

Su santidad no está en el sufrimiento, sino en no dejar que el dolor cierre el corazón.

Infancia y camino

Laura del Carmen Vicuña nació en Santiago de Chile el 5 de abril de 1891. Desde muy pequeña conoció la incertidumbre. Era hija de Mercedes Pino y José Domingo Vicuña, aunque son escasos los datos seguros sobre la relación de sus padres y sobre la presencia de José Domingo durante aquellos primeros años. Poco después de su nacimiento, Mercedes se trasladó con ella a Temuco. Allí nació Julia Amanda, su hermana menor.

Mercedes quedó sola al cuidado de las dos niñas. Trabajaba como costurera y comerciante, tratando de sostener el hogar con lo que tenía a su alcance. Era una mujer culta, de trato amable, que sabía de música y canto. Pero ninguna de esas cualidades alcanzaba para protegerla de la fragilidad en que vivían tantas mujeres de su tiempo.

En 1898, un grupo de salesianos y de Hijas de María Auxiliadora debió permanecer algunos meses en Temuco porque las grandes nevadas impedían cruzar la cordillera. Durante aquella espera abrieron escuelas, organizaron la catequesis y comenzaron a acercarse a las familias. Es probable que Mercedes y sus hijas conocieran entonces a las religiosas. Para aquella madre sola, la posibilidad de que Laura y Julia recibieran educación y cuidado debió de abrir una esperanza.

Al año siguiente decidió dejar Chile y probar suerte en la Argentina. Buscaba trabajo y una vida más segura para sus hijas. El viaje fue largo. Atravesaron poblaciones fronterizas, avanzaron en carretas y soportaron el frío y el mal estado de los caminos. Después de varios meses llegaron a la región de Junín de los Andes, en el territorio neuquino.



Nada resultó sencillo. Una inundación había afectado seriamente al pueblo y dañado los colegios salesianos. Durante un tiempo, Mercedes y las niñas fueron recibidas en un establecimiento rural. Finalmente, el 14 de febrero de 1900, Laura y Julia ingresaron como internas en el colegio de las Hijas de María Auxiliadora. Laura tenía ocho años. Estaba por cumplir nueve.

El colegio como casa



El colegio fue para ella mucho más que un lugar donde aprender. Allí encontró cierta estabilidad, hizo amigas, jugó, aprendió labores y se sintió querida. También fue creciendo una fe que poco a poco comenzó a atravesar toda su vida.

Las compañeras la recordaban alegre y atenta. Ayudaba a las más pequeñas, se acercaba a quienes tenían dificultades y compartía lo que recibía. Cuando alguien la ofendía, procuraba no devolver el golpe. No siempre le resultaba fácil. Tenía carácter y un sentido muy vivo de lo justo. Pero había aprendido a detenerse antes de herir.

No era una niña apartada de los demás ni pasaba el día encerrada en la capilla. Disfrutaba de los juegos y los paseos; podía ser vivaz y ocurrente. Su relación con Dios no la alejaba de la vida cotidiana. Por el contrario, la hacía más sensible a lo que ocurría a su alrededor.

El 31 de mayo de 1901 recibió la Primera Comunión. La amistad con Jesús, la Eucaristía y la presencia de María Auxiliadora fueron haciéndose cada vez más hondas. En 1902 recibió la Confirmación de manos de monseñor Juan Cagliero y, hacia finales de ese mismo año, ingresó en la Asociación de las Hijas de María. También expresó su deseo de consagrarse como religiosa salesiana. Era todavía muy joven y su situación familiar no permitía que aquel deseo pudiera concretarse.

Fechas para ubicarnos

5 de abril de 1891: nace en Santiago de Chile.

1899: la familia cruza a la Argentina.

14 de febrero de 1900: Laura entra al colegio como interna.

Una madre atrapada

Mientras Laura encontraba serenidad en el colegio, Mercedes vivía una realidad mucho más dura. Había comenzado una relación con Manuel Mora, un poderoso propietario rural de la zona. La convivencia estuvo marcada por el dominio, las amenazas y los malos tratos. Mercedes dependía económicamente de él y tenía muy pocas posibilidades de marcharse.

Durante mucho tiempo, algunas biografías presentaron a Mercedes casi exclusivamente como una mujer alejada de la fe, responsable de la situación en la que vivía. Esa mirada no alcanza. Mercedes estaba atrapada en una relación violenta, sin recursos propios ni una red capaz de protegerla. Comprenderlo no significa ocultar el sufrimiento que aquella situación provocaba en sus hijas. Permite, sencillamente, mirar su historia con mayor verdad y misericordia.

En las vacaciones, Laura debía dejar el colegio y regresar al campo. Allí veía el dolor de su madre y conocía de cerca la hostilidad de Mora. Comprendía más de lo que los adultos imaginaban. Amaba profundamente a Mercedes y sufría al verla humillada, sometida a una vida de la que parecía no encontrar salida.



Una entrega nacida del amor

Según el testimonio de sus educadoras y compañeras, en 1902 Laura tomó una decisión que marcaría para siempre el recuerdo de su vida: ofreció a Dios su propia existencia por la liberación y la conversión de su madre.

Era el gesto de una niña, nacido dentro de la espiritualidad de su tiempo. No juzgaba a Mercedes ni deseaba castigarla. Quería verla libre, reconciliada con Dios y capaz de empezar de nuevo. Ante una situación que la superaba y para la cual no encontraba respuestas humanas, convirtió su impotencia en oración y entrega.

Las vacaciones la devolvían al campo y al dolor de su madre. Allí Laura conocía de cerca la violencia del ambiente y la fragilidad de Mercedes. Su gesto interior fue tomando forma en ese cruce entre fe, amor y desprotección.

Laura no respondió al dolor endureciéndose. En medio de una situación que la superaba, fue encontrando un modo de amar, rezar y sostener a su madre sin dejarse cerrar el corazón.

La enfermedad y la promesa



Poco después, su salud comenzó a deteriorarse. Perdía fuerzas, se sentía débil y enfermaba con frecuencia. Durante el invierno de 1903, una nueva inundación anegó Junín de los Andes y obligó a evacuar el colegio. El frío y la humedad agravaron su estado. Ya no pudo seguir el ritmo de las clases y, el 15 de septiembre, debió abandonar definitivamente la casa salesiana.

Regresó primero al campo. Más tarde, Mercedes alquiló una vivienda muy pobre cerca del colegio para poder cuidarla y facilitarle alguna atención. Cosía para sostenerlas mientras veía cómo su hija se apagaba. Cuando podía levantarse, Laura todavía intentaba ayudarla en las tareas, visitaba la capilla y recibía a las amigas que se acercaban a acompañarla.

La enfermedad avanzó con rapidez. No existe certeza sobre el diagnóstico. El acta de defunción indicó peritonitis, aunque otras fuentes mencionan una posible tuberculosis. El 16 de enero de 1904 quedó postrada en cama. Tenía fuertes dolores y apenas podía alimentarse.

En sus últimos días se despidió de Julia, de sus compañeras y de las personas que habían compartido su vida. A su hermana le pidió que cuidara a la madre, que no la abandonara y que tratara con respeto a todos, especialmente a los pobres. Eran palabras sencillas, dichas desde una cama humilde por una niña que todavía no había cumplido trece años.

La tarde del 22 de enero llamó a Mercedes y le contó el secreto que había guardado durante casi dos años: había ofrecido su vida por ella. Le pidió que dejara aquella relación y comenzara una vida nueva. Mercedes, profundamente conmovida, se lo prometió. Laura encontró en esa promesa la paz que esperaba. Murió ese mismo día.

Para Mercedes, sin embargo, nada se resolvió de un momento a otro. Mora volvió a buscarla y la amenazó para obligarla a regresar. Ella tuvo que esconderse, pedir ayuda y cruzar temporalmente la cordillera con Julia. Alejarse exigió coraje. Finalmente logró rehacer su vida y permaneció fiel a la promesa hecha junto a la cama de su hija. Murió en Chile en 1929.

Acercarse a Laura hoy pide cuidado: no idealizar el dolor, no justificar violencias y no leer su historia como resignación, sino como una vida pequeña que buscó amar con verdad en medio de una realidad muy dura.

Memoria viva



El recuerdo de Laura comenzó a extenderse poco después de su muerte. Sus compañeras, las salesianas y los misioneros conservaron la memoria de aquella niña de fe profunda, capaz de amar sin endurecerse. Sus restos descansan actualmente en la capilla de las Hijas de María Auxiliadora de Bahía Blanca. El 3 de septiembre de 1988, el papa Juan Pablo II la proclamó beata.

Mirarla hoy con cuidado

Acercarse hoy a la vida de Laura exige hacerlo con cuidado. Su historia no puede utilizarse para presentar el sufrimiento como algo bueno ni para pedir a los niños que resuelvan los conflictos de los adultos. Al contrario: nos recuerda que ninguna infancia debería cargar en silencio con la violencia, el miedo o la inseguridad de su hogar. Los adultos y las comunidades tenemos la responsabilidad de mirar, escuchar y proteger.

La santidad de Laura no estuvo en haber sufrido. Estuvo en no permitir que el dolor cerrara su corazón. Amó a su madre sin condenarla. Cuidó a su hermana. Acompañó a sus compañeras. Confió en Dios cuando los caminos parecían cerrarse.

Vivió menos de trece años. No tuvo poder, dinero ni influencia. Tuvo una fe hecha de gestos pequeños y un amor que no se resignaba a ver a su madre sometida. Tal vez por eso su historia continúa conmoviendo. Porque detrás de las estampas y los homenajes todavía podemos encontrar a una niña concreta: Laura, mirando con ternura a Mercedes y deseando, por encima de todo, verla libre.

Tres hitos para ubicarnos

1901
Primera Comunión

1902
ofrenda por su madre

22 enero 1904
muerte de Laura